



Sesión Científica

“El surgimiento del símbolo en el niño”

Por:

Lic. Diana del Carmen Quesada Mendoza

León, Gto. 09 de Mayo de 2007.

“El surgimiento del símbolo en el niño”

(Visto desde las aportaciones de D.W. Winnicott).

A través del trabajo teórico de Winnicott, podemos ir teniendo un acercamiento, de lo que para él de acuerdo a su postura y observaciones en cuanto al desarrollo emocional del niño, aporta a las bases en que va surgiendo o posibilitándose la formación del símbolo en el niño.

Sus observaciones y contribuciones a este respecto, destacan constantemente, la importancia de la relación establecida por parte de la madre hacia el hijo, que en sus términos denominará como una madre “suficientemente buena”. Le da a la madre la calidad de sostén. Se puede decir que él inicia el desarrollo de las “relaciones de objeto”, que antes fue señalado por Freud y concede a la madre un papel definitivo para el desarrollo del bebé.

La madre, durante el embarazo y en los primeros meses de vida de su bebé, va poniendo en marcha la posibilidad de identificarse con su hijo, y a través de dicha identificación, abocarse a éste y poder darle una interpretación y un sentido a sus necesidades, en una etapa en la que éste se encuentra en plena dependencia de la respuesta de la madre o de su sustituto.

Esta relación será determinante en cuanto a la creciente estructuración psíquica en general, y por ende, entre ello también incluída, la posterior capacidad del niño para simbolizar.

Si este proceso se encuentra marcado por una mayor constancia y estabilidad, entonces el niño podrá entrar de modo adecuado en una fase que será denominada como de omnipotencia infantil, en la cual, gracias a esta adaptabilidad por parte de la madre a los gestos espontáneos que el bebé manifestará, el pequeño experimenta necesidades que van siendo satisfechas de

modo más o menos adecuado. El bebé entonces atribuye el “objeto” satisfactor a su propia creación y entrará en una fase en donde lo que predominará será este sentimiento de omnipotencia, disfrutando de esa sensación de creación y control. Hasta aquí la madre y el bebé forman una unidad, el pequeño no alcanza todavía una distinción entre el “yo” y el “no-yo”. Piensa que él crea a la madre y su alimento o satisfactor. De ahí que la parte de la mamá es desilusionar progresivamente al bebé, para que la frustración no le resulte traumática, enseñando que no son una unidad. Paulatinamente éste irá reconociendo y aceptando el hecho ilusorio, pudiendo albergar en sí mismo la capacidad del juego y de la imaginación. La base del símbolo podrá estar dada entonces por esa coincidencia entre el gesto espontáneo del bebé y el objeto externo que atribuye a su creación y que va entrando a través de la repetición, en un proceso de catectización, al tiempo que la progresiva distinción del mundo.

“Entre el niño y el objeto hay algo, tal vez alguna actividad o sensación. En la medida en que ese algo una al niño con el objeto (a saber, con el objeto parcial materno), será ésta la base de la formación del símbolo. Por el contrario, en la medida en que ese algo entre el niño y el objeto separe en vez de unir, su función será la de conducir hasta el bloqueo de la formación del símbolo”. (Winnicott, 1960).

De acuerdo con los conceptos de Winnicott, se promovería asimismo en el niño un predominio del “ser verdadero” al responder la madre adaptándose al gesto que surge espontáneamente del bebé. El “ser verdadero” constituiría a manera del núcleo de la persona, y sería consolidado por la madre, fortalecido e integrado.

En el caso contrario de que la madre no pueda darle contención y significado a los gestos y expresiones de su hijo, tenemos que el niño tendrá más bien que adaptarse a la madre en mayor o menor medida de un modo “sumiso”. Ella pondrá su propio gesto en el intercambio. En base a estos sucesos será que el autor retome el concepto de “ser falso” y que propondrá que entre mayor sea el

predominio del “ser falso” en la vida del pequeño y posteriormente como adulto, menor será la posibilidad que éste pueda tener sobre el uso del símbolo, la imaginación, la creatividad, menguándose con ello el abocamiento que tenga el sujeto hacia el área de lo cultural, es decir, en tanto mayor sea la escisión entre “ser verdadero” y “ser falso”, y el dominio de éste último sobre el núcleo interno de la persona,

ya que tendría que cobrar una función de tipo defensivo constantemente, ante la ansiedad generada por los conflictos, escondiendo en cierto modo la parte central de su persona.

Otros de los conceptos formulados que nos ayudan a entender el surgimiento del símbolo en el niño desde estas aportaciones, tienen que ver con las formulaciones de los fenómenos de transición y el objeto transicional.

Estas transiciones son señaladas por el autor en el paso, en un principio de la vida del infante, como relaciones de objeto, refiriéndose con ello al uso que hace el bebé de su propio cuerpo, o bien del cuerpo de la madre. Progresivamente utilizará objetos que no son ni parte de él ni parte de la madre.

Luego es señalado otro tipo de transición, de un objeto que es percibido de modo subjetivo por el bebé, a otro que es percibido objetiva o externamente, pues al principio se propone que el objeto tiene el sentido de algo que fue creado por él mismo, como si fuese una alucinación, en palabras del autor, correspondiente a la ya mencionada fase de omnipotencia.

Las transiciones van a ser acompañadas en estos momentos sobre la base corporal, sobre un “yo corporal” que va en creciente desarrollo y con capacidades de sensibilidad en pleno apogeo.

Si el curso sigue dicha estabilidad o constancia, se propone entonces que el objeto transicional podrá ser considerado también algo así como el “primer símbolo” ya que reunirá por un lado una parte de la realidad externa objetiva, al tiempo que el deseo (alucinado) del bebé, en un objeto seleccionado por el bebé, del que se hace acompañar regularmente. Se hace la aclaración por el autor de que no necesariamente el objeto transicional ocurre tal cual. Muchas veces será representado no por un objeto, sino quizás por una frase, o una acción, por ejemplo.

El interés del bebé va en aumento y pronto son cada vez más los objetos importantes para él que serán catectizados, aunque quizá en menor medida que el objeto transicional, por lo menos hasta que este se “desgaste” en su significación para el niño.

En aquel niño cuyo mundo ya abarca cierta pluralidad de objetos, si deviene en él alguna experiencia emocionalmente privativa o negativa en una intensidad que supera al frágil Yo del pequeño, puede ser una temporada en la que retorne de modo exclusivo a su objeto transicional, abandonando temporalmente su abocamiento hacia el resto, sufriendo el riesgo quizá de perder en cierto grado su capacidad hasta entonces desarrollada de utilizar símbolos debido a dicho replegamiento, (como sucede por ejemplo en los períodos de duelo u otro tipo de privación emocional).

A partir de sus observaciones sobre los fenómenos transicionales, Winnicott propone que se puede denominar tal cual como una “tercera zona de existencia” a partir de éstos en sus implicaciones, en donde es viable sugerir la ubicación del posterior desarrollo de la vida cultural del individuo, diferenciándola de aquella zona en donde tiene cabida netamente la parte psíquica (o inconsciente) y otra ubicando el exterior, aquello que se reconocerá como diferente al sí mismo. Los

fenómenos y procesos transicionales tendrían dentro de sí una función representativa.

En la aceptación de los símbolos dentro del desarrollo del niño, se posibilita la capacidad de que un objeto represente a otro, pudiendo así el niño no solamente expresar sus conflictos psíquicos o de su mundo interno, sino además, generando una viabilidad de darles canalización e incluso una sensación de alivio, que de otro modo pudiera ser demasiado angustiante para el pequeño.

En el objeto transicional, “ni se olvida ni se lamenta su pérdida. Pierde significado y esto es porque los fenómenos transicionales han sido de-fundidos, se han extendido por todo el territorio intermedio entre la –realidad psíquica interior- y el –mundo exterior tal como es percibido por dos personas en común-, es decir, por todo el campo cultural”. (Winnicott, 1951).

A partir de ello se puede dar cabida a los juegos, la creación artística o científica, la apreciación del arte, del sentimiento religioso, de los sueños. También en el extremo patológico al fetichismo, las mentiras, el robar, la pérdida del sentimiento afectuoso, la dependencia adictiva, los rituales obsesivos, etc.

Esta aceptación le podrá multiplicar al infante sus modos de expresión de sus impulsos tanto agresivos como amorosos.

“Cuando se emplea el simbolismo, el pequeño ya estará distinguiendo claramente entre la fantasía y la realidad, entre los objetos interiores y los exteriores, entre la creatividad primaria y la percepción...el término “objeto transicional”...deja lugar para el proceso de hacerse capaz de aceptar la diferencia y la semejanza. Creo que se puede hablar de la raíz del simbolismo en el tiempo, un término que describa el recorrido del pequeño desde lo puramente subjetivo hasta la objetividad; y a mí me parece que el objeto transicional es lo que vemos de este recorrido que marcha hacia la experimentación”. (Winnicott, 1951).

El espacio transicional y objeto transicional pueden representar un camino importante en el enfrentamiento del niño sobre el fenómeno de separación e individuación de la madre y la angustia que ello implica. Se señala que lo transicional no es en sí el objeto sino el uso que se le da. En el caso de la separación-individuación, si la ausencia de la madre es reconocida el objeto transicional cobrará el significado de elaborar dicha separación. Pero si es negada y la ansiedad rebasa la situación, será dificultada en el niño dicha representación y podrá darse un aferramiento patológico al objeto y la dependencia será difícilmente superada. Podría decirse que en este aferramiento patológico al objeto, el proceso simbólico se detiene, aunque en general se señala que la ansiedad en cierta medida es un requisito necesario para que el niño se construya símbolos y fantasías.

En estas situaciones, en que la ansiedad puede estar rebasando por mucho al Yo del niño, entonces la capacidad de simbolización puede verse truncada, quedando el niño lejos de los objetos y de la realidad.

Otras derivaciones podrían ser el que el proceso de simbolizar diera su inicio para luego bloquearse o sufrir una regresión.

En las implicaciones, podría apuntarse a aquellos trastornos en donde hay un déficit en la instauración del pensamiento simbólico, un fallo en la capacidad de pensar, el fracaso de la actividad fantásica, la incapacidad para jugar, y/o el reemplazo de la palabra por el acto.

El pensar puede ser un recurso al que el individuo acuda a modo de defensa contra un sentimiento de angustia o un estado que le cause desorganización, o bien puede encontrarse también integrado a un pensar creativo, e incluso, intuitivo, capaz de un manejo simbólico.

En el trabajo de Winnicott respecto a los espacios transicionales, toma una especial importancia, señalada por aquellos que han estudiado su obra, el

concepto de "paradoja" en el trabajo de simbolización del material psíquico, pues el espacio transicional va a abarcar aspectos internos y externos que no entran en contradicción, pero que van ayudando al niño a distinguir entre lo subjetivo y lo objetivo, posibilitando fenómenos que profundizan su psiquismo y lo enriquecen, posibilitando el juego, la experiencia cultural, la creatividad, la capacidad de estar a solas, la capacidad de creer y que contribuyen a la constitución de un aparato psíquico que pueda ordenar en formas cada vez más sofisticadas un intercambio simbólico consigo mismo y con el entorno.

Lo simbólico, para Winnicott, habitará en un espacio que no está precisamente, ni adentro ni afuera del sujeto, no es totalmente subjetivo ni absolutamente objetivo, no es ni realidad ni fantasía, y –sin embargo- “es todo esto al mismo tiempo”.

BIBLIOGRAFÍA:

- D.W. Winnicott. "La deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso". Obras Completas. 1960.
- D.W. Winnicott. "El destino del objeto transicional". Obras Completas. 1959.
- D.W. Winnicott. "Objetos y fenómenos transicionales". Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. 1951.
- D.W. Winnicott. "La teoría de la relación entre progenitores-infante". Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador. 1960.
- D.W. Winnicott. "La cuerda: una técnica de comunicación". Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador. 1960.
- Abadi, Sonia. "El origen temprano de las patologías adictivas".
- Peña, Saúl. Comentario sobre el pensamiento de Winnicott. (<http://www.psicomundo.org/winnicott/textos/pena6.htm>).